

LOREN
IPZUW



02



Quién escribe

*Iván Vernaza
Jesús Céspedes Montoya
Fanny Aparicio Blackburns
Felipe Robayo
Carlos H. Tofiño D.*

Quién Diseña

*Juan Guillermo Pinzón
juanito.disena@gmail.com*

Quién ilustra

*Diana P. Acevedo Mira
theazurefoxco@gmail.com
Juan Camilo Castillo
manonegravisual@hotmail.com*

La complicidad de nuestra mano izquierda

Lala

Felipe Robayo

Eran ya las diez de la mañana cuando Lala despertó a un techo que no era el suyo, un hombre profundo al lado y toda la ropa dispersa por el suelo. Una botella de vodka sobre la mesa a la mitad, que compraron en medio de una borrachera tenaz camino a casa, le hizo saborear su boca. Le dolía la cabeza un poco y recordaba aún lo que acababa de terminar de soñar. Se levantó y recogió todas las prendas del suelo en su camino hacia el baño. Se enjuagó la cara y con las manos estirándose, se miró al espejo. Una cabellera negra alborotada, los ojos negros dilatados y adormilados, y la tez trigueña un poco pálida por la deshidratación del alcohol. Se vistió, se empolvó las ojeras y se fue. Ya no quería amanecer más en casas de desconocidos que no la apreciaban, pero le era imposible evitar el desplazamiento de su cuerpo hacia los lugares esos que siempre frecuentaba y que la hacían sentir tan feliz, tan rodeada de gente que la hacían sentir más sola. La soledad en medio de la multitud era, sin duda, su tipo favorito de soledad. Cuando estaba sola en casa o en ese trabajo sin sentido donde responde llamadas de clientes desesperados por el servicio de telefonía, siente una soledad triste, quebrantadora y desesperante. Ve el reloj desplazar sus brazos hacia la hora de salida y no puede controlar el movimiento ansioso del pie.

Para pasar el tiempo se imagina que está en la discoteca, bailando a solas en medio de un grupo de personas que le hacen bulla por sus movimientos, y manos provenientes del barullo brindándole tragos de todo tipo. Baila en su imaginación con príncipes que la cuidan y respetan



por su movimiento, y no ven en ella una acostada fácil y de momento. Sus sueños despiertos siempre son interrumpidos por el repique del teléfono, que anuncia voces hostiles y regañonas. Su vida se había vuelto eso: contestar y escuchar quejas; bailar y conseguir hombres que la hicieran olvidar de su vida. Al llegar a la casa vacía, se sienta frente al ventanal que encuadra la ciudad desde la altura de la loma. La selva de cemento le parece hermosa. Inspira tranquilidad desde allá arriba, pero ella conoce muy bien la calentura que esconden esas calles de su ciudad. Le gusta tomarse una infusión de hoja de coca mientras se imagina alguna historia de algún habitante o busca la casa de alguno de los que fueron sus amantes de borrachera y placer momentáneo, y pensar en qué hacen en el momento que ella logra localizar su hogar.

Le gusta darse baños de orquídeas y secarse al sol. Por eso la casa está llena de las orquídeas, haciendo un jardín de su pequeña terraza que al tiempo está cercada por la hermosa flor, formando una cúpula en la cúspide del edificio, que da una sombra fresca a la tina donde suele tomar sus baños de la tarde. Sola es como le gusta estar. Sola se va a quedar. A veces se dice que lo único que la hace sentir en compañía, son los libros. Al leer, se conecta con el escritor y lo siente susurrarle la historia en el oído. Son los únicos momentos de absoluta sinceridad, donde puede expresar sus sentimientos y reacciones que propinan la evocación de una experiencia propia con su mal recuerdo reflejado en las páginas de esa vida escrita. Lloro o se ríe convulsionada. Se enfurece y le grita al libro, azotándolo en un acto de violencia. A días entra en pequeñas depresiones por la muerte de un personaje que le gusta mucho y no soporta escuchar más al destructivo autor, dejando el libro de lado por un tiempo y abriéndole sus puertas sensoriales a una nueva historia. Otros días no se aguanta la felicidad que siente al ver el triunfo del amor en primera fila, percibiéndolo en la viva carne de la imaginación, o por el triunfo de algún héroe sobre algún tirano represivo y resentido.

Leyó tanto, que su vida se le fue convirtiendo en libro. Su piel comenzó a transformarse en papel y letras formadoras de oraciones que se iban sucediendo poco a poco. Con el tiempo no fue más que un cuento abandonado en las esteras de las orquídeas. Un cuento que nadie leería, porque se marchitaría en el balcón de las flores. Ahora canta sola las canciones que antes escuchaba en la discoteca y las baila al son de su voz. Se toca el cuerpo desde los hombros hasta los muslos y se aguza cuando llega el momento del desenfreno de la tonada. Baila Lala sola, baila Lala allá/Lala Lala Lala, lala lala la.